

LA EDUCACION DE LA FUERZA DE TRABAJO Y EL ESTADO

Ma. Remedios HERNÁNDEZ ALONSO*

El objeto de este breve artículo es señalar cómo el desarrollo del capitalismo y su necesidad de controlar el proceso productivo han determinado que la educación de la fuerza de trabajo se oriente en determinado sentido. Es así como las diferentes etapas que ha recorrido el capitalismo han influido definitivamente en la expansión y orientación del sistema educativo.

Sin embargo, para ello ha sido necesario que el capital esté cada vez más íntimamente ligado al Estado, pues al dar éste la educación a las masas, contribuye mediante los fines y los objetivos del sistema educativo al mantenimiento de la supremacía de aquél. Es decir, el Estado, mediante la capacitación, la educación, el aprendizaje y la cultura que otorga a las mayorías, apoya tanto ideológica como materialmente la existencia social del capital.

Se pretende, por tanto, explicar someramente cómo mediante la educación el Estado desarrolla una de sus principales funciones: la conservación del sistema económico capitalista.

En el surgimiento del sistema capitalista, la explotación de un hombre por otro requirió de la existencia de clases sociales, una de las cuales estaba dispuesta a vender su fuerza de trabajo. En el proceso de producción, dicha fuerza de trabajo se aplicaba a las herramientas, de manera que un obrero o un grupo reducido de ellos manufacturaban un bien determinado, controlando su proceso de fabricación, contemplándose aquí la llamada «cooperación simple»

* Investigadora asociada "C" de tiempo completo, del IIEG-UNAM.

explicada por Marx. Durante esta primera etapa, los conocimientos artesanales del obrero le fueron de gran utilidad; eran pocos los que intervenían en las funciones productivas, las cuales eran muy sencillas y poco numerosas, lo que permitía que cada obrero conociera los diferentes pasos que seguía un determinado artículo, así como el producto final. Mediante este tipo de relaciones de trabajo cualquier obrero podía realizar indistintamente varias actividades manteniendo al mismo tiempo la integridad de su conocimiento y aun no requería de especialización alguna: "en última instancia, el obrero estará siempre en posesión de un oficio completo (en sentido artesanal), aunque en determinadas condiciones realizara una o algunas de las distintas operaciones exigidas por ese oficio."¹

Esta etapa fue poco a poco rebasada; las características del capitalismo en relación con el objetivo de la producción —consumo mayor de la fuerza de trabajo, mayor plusvalía y apropiación del producto por parte del capital—, propiciaron el desarrollo de los instrumentos de trabajo, parte de las herramientas fueron sustituidas por máquinas y se inventaron y construyeron otras.

Bajo estas nuevas condiciones, la fuerza de trabajo experimentó modificaciones; el obrero requirió del aprendizaje de nuevas operaciones para la utilización de máquinas cada vez más complejas, surgiendo así el obrero técnico, que se restringió a funciones específicas en el proceso productivo, mismas que se fueron haciendo repetitivas y rápidas, pues cada vez las máquinas fueron determinando el tiempo de operación, el cual tendía a ser menor.²

Así,

mediante el análisis de las actividades manuales, las especificaciones de los instrumentos de trabajo, la formación de obreros parciales, su agrupación y combinación en un mecanismo complejo, la división manufacturera del trabajo crea la organiza-

¹ Armando de Palma, "La organización capitalista del trabajo en *El capital* de Marx", *La división capitalista del trabajo*, varios autores. Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI Ed., 3a. ed., 1977, p. 7.

² Braverman explica la división del trabajo manufacturero así: "Esta consiste en la ruptura de los procesos implicados en la hechura del producto en múltiples operaciones realizadas por diferentes obreros"; agrega más adelante siguiendo a Marx, "la división del trabajo en el taller es un producto especial de la sociedad capitalista [...] la división detallada del trabajo destruye las ocupaciones, consideradas en este sentido y convierte al obrero en incapaz de realizar ningún proceso de producción completo." H. Braverman, *Trabajo y capital monopolista*. Ed. Nuestro Tiempo, 1978, pp. 92-93.

ción cualitativa y la proporcionalidad cuantitativa de los procesos sociales de producción; es decir, crea una determinada *organización del trabajo social* desarrollando con ello, al mismo tiempo, la nueva fuerza social productiva del trabajo.³

Consecuentemente, el trabajador de la fábrica perdió el control de la producción; únicamente conocía una pequeña parte de todo el proceso. Desconocía tanto lo que sus compañeros realizaban, como la utilización de la parte del bien que cada uno fabricaba y en ocasiones hasta el bien final a que daban lugar todas las operaciones.

Esta situación se fue agudizando en la medida que el desarrollo tecnológico avanzó y se producían máquinas más específicas, más automatizadas y consecuentemente más rápidas; esto hizo surgir un nuevo tipo de técnico, que aun cuando estaba directamente en los procesos de producción, requería de determinados conocimientos específicos sobre el comportamiento de una máquina o el desempeño de una función para cubrir esos puestos, con lo cual el capital fue separando este tipo de actividades de las que desarrollaba el obrero, creando entre estos dos sectores intereses de grupo que dividían su fuerza y sus posibilidades de control de la producción, y al mismo tiempo los hacía más controlables por parte del capital.

Al dividirse cada vez más los procesos de fabricación, el trabajador pierde el control de la producción, control que el capital concentra y lo enfrenta a dicha fuerza de trabajo, desarrollando en ésta un solo aspecto de sus capacidades e inhibiendo todos los demás, contando para ello con la educación que básicamente es proporcionada por el Estado.

Este proceso de disociación comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura, que mutila al obrero, al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria, donde la *ciencia* es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital.⁴

A su vez, la fábrica ya no podía controlarse con una dirección única. Esta tuvo también que emplear a otro tipo de trabajadores

³ C. Marx, *El capital*, t. I, p. 297.

⁴ *Ibid.*, p. 294.

que se encargaran de distribuir y vigilar las funciones de los diferentes tipos de obreros y técnicos; eran los que otorgaban el castigo o el premio a la fuerza de trabajo empleada directamente en la producción, eran el enlace entre el trabajador y el capital. No obstante su función, este grupo de trabajadores se encontraba también sometido al capital, sus responsabilidades estaban sumamente divididas y no ejercían ningún control sobre los diferentes procesos de la producción.

Como se verá, las nuevas formas de producción requerían en un mayor grado de la colaboración del obrero más no de una manera simple sino ya sumamente compleja; el avance tecnológico y la intensa división del trabajo presuponían el carácter cooperativo de la producción. Pero la fuerza del trabajo ya no se prestaba tan simplemente a ello, sino que requirió que la organización capitalista la presionara a realizar esta colaboración; es en ésta etapa donde la producción presenta con más énfasis su carácter social, ya que depende de grupos numerosos de obreros, técnicos y profesionales empeñados en un mismo fin. Por lo tanto es en esta etapa donde se manifiesta la contradicción fundamental del capitalismo, es decir, la creciente socialización del proceso de producción frente a la apropiación privada de dicha producción. Es aquí donde cobra verdadero significado el uso de la máquina: "Ellas [las máquinas] superan los límites socio-organizativos: mediante ellas la socialización alcanza su grado máximo de integración. El comunismo desde este punto de vista, no introduce innovaciones, porque la misma variación del trabajo es un principio adquirido de la tecnología capitalista."⁵

Todos estos cambios experimentados en las fuerzas productivas se manifiestan a la par que avanza el capitalismo, el cual pasa de la libre competencia —y como consecuencia de ella—, a la concentración de la producción y del capital, al desplazamiento paulatino de la pequeña y mediana empresa y al establecimiento de la dominación de los monopolios y del capital financiero, es decir, se pasa a una nueva etapa del capitalismo, el capitalismo monopolista. Éste, después de la Primera Guerra Mundial, experimenta y manifiesta ciertos cambios que lo conducen a lo que Lenin llamara "la última fase del capitalismo", el capitalismo monopolista de Estado, el cual se expande y llega a su madurez en los años de la Segunda Guerra Mundial, en que por un lado el entrelazamiento y vinculación entre el monopolio privado y el estatal se estrechan y consolidan, y por

⁵ *Ibid.*, p. 39.

otro, se manifiesta más fuertemente la contradicción fundamental del capitalismo, contradicción que se resuelve convirtiendo el capital monopolista eminentemente privado en capital monopolista de Estado.

Así en el capitalismo monopolista la división del trabajo se acentúa en la medida que surgen y se desarrollan las gigantescas organizaciones transnacionales, que controlan una gran diversidad de actividades en las diferentes ramas de la economía y cuya estructura es sumamente compleja, altamente tecnificada y automatizada. Dicha organización da lugar a profundas modificaciones en la estructura de la fuerza de trabajo que emplea, exigiéndole requisitos cognocitivos cada vez más específicos para el mejor desempeño de todos esos puestos medios que van surgiendo, muchos de los cuales aun cuando no son para obreros —al no estar ligados íntimamente a los procesos productivos— tampoco son directivos, pues no son agentes directos del capital y al igual que lo sucedido en el sector obrero están sujetos a una constante subdivisión, repetición y automatización. Al respecto, algunos autores consideran que ya un porcentaje muy alto de estas actividades están programados; así se afirma que: "En el ámbito de la producción en la que los datos y los elementos técnicos son elaborados según un procedimiento rígidamente establecido son aproximadamente de un 60%".⁶

En esta etapa del capitalismo, estas capas medias de trabajadores —donde se podría ubicar con mayor precisión a los trabajadores técnicos—, pueden en muchos aspectos y conceptos compararse con los obreros, puesto que son básicamente asalariados y sujetos a la explotación por parte del capital; sin embargo, el mismo capital se encarga de que estos nuevos grupos de trabajadores mantengan fuertes diferencias, las que no permiten su incorporación a las filas de la clase obrera. Algunos ejemplos de estas diferencias son: las remuneraciones más altas que perciben, la mayor calificación que recibe su trabajo, la más alta formación académica que se les exige, la no participación en los intereses sindicales y gremiales, su concientización respecto a la influencia que ejercen en la modificación de la estructura productiva.

No obstante lo anterior, estos trabajadores técnicos especialistas, están lejos de ser representantes del capital aún cuando estén orientados y permeados de la ideología de la clase en el poder y apoyen

⁶ Michele Salvati y Bianca Becaalli, "La división del trabajo en la fábrica", *La división capitalista del trabajo, op. cit.*, p. 109.

en términos generales esos intereses, principalmente por la influencia que la educación ha ejercido sobre ellos.

Los representantes directos del capital se dan en mucho menor número que el grupo antes descrito; tienen lógicamente poder de decisión sobre las políticas económicas y sociales que se tomen respecto a la conservación y desarrollo del sistema capitalista y más específicamente sobre las relaciones sociales de producción. Son los componentes de la alta burguesía, que tienen por principales funciones: dirigir, organizar y utilizar a los diferentes grupos sociales que integran el sistema capitalista, en beneficio del capital, para lo cual, —siguiendo un pensamiento de Lettiere— se educan y obtienen su formación profesional en superescuelas o superuniversidades especiales, manejadas y controladas por las propias instituciones económicas capitalistas que más tarde o más temprano este grupo de poder dirigirá.⁷

Anotando unas palabras de Gramsci se puede comprender mejor el rol que desempeñan estos grupos: “Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se dan los grupos sociales, cada uno de los cuales representa una función y tiene una posición determinada en la misma producción.”⁸

La organización económica del capitalismo monopolista más que nunca requiere del Estado como aparato de poder a su servicio, para que a través de diversos sistemas —educativo, jurídico, represivo, etcétera—, controle funciones que cada clase y grupo social debe desempeñar para que subsista el sistema capitalista.

Estado y educación

Mandel señala que el Estado no debe ser considerado ni como un mero instrumento político, ni como una institución que suplante al capital. Sólo puede verse como una forma especial para preservar la existencia social del capital “a un lado y fuera de la competencia”.⁹ Así, en la medida que el capitalismo experimenta nuevas etapas, el Estado manifiesta más claramente sus funciones, algunas de las cuales se intensifican o acentúan en determinada etapa.

⁷ Antonio Lettiere, “Notas sobre las calificaciones, la escuela y los horarios de trabajo”, *La división capitalista del trabajo*, op. cit.

⁸ A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1962, p. 71.

⁹ Ernest Mandel, “El capitalismo tardío”, *Críticas de la Economía Política* (edición latinoamericana), núm. 4. Ed. El Caballito, 1977, p. 21.

Si bien Mandel señala que hay que considerar la mixtura de las funciones del Estado para no darle peso sólo a algunas de ellas, Braverman sostiene que aun cuando el Estado ha empleado su poder desde los orígenes del capitalismo para acelerar su desarrollo y enriquecer a pequeños grupos tanto por medios legales como ilegales, en los últimos decenios del presente siglo esta fuerza del Estado se ha acentuado y expandido considerablemente en todo el mundo capitalista.¹⁰

Actualmente, las sociedades sumergidas dentro del CME tienen que resistir con mayor agudeza el poder del propio Estado para ejercer la dominación y el sometimiento de las mayorías en beneficio del capital. En el CME el aparato estatal ha empleado su poder exageradamente para canalizar riqueza hacia el capital monopolista, hacia la alta burguesía, por medios que van desde los más simples hasta los más complejos y sofisticados, pero además interviniendo directamente cada vez con mayor intensidad en la economía. Asimismo, para obtener el consenso, ha sido necesario por parte del Estado la mayor utilización de los aparatos represivos e ideológicos.

Alonso Aguilar se refiere al CME en México de la siguiente manera:

Que la Revolución Mexicana no se propuso establecer un capitalismo en «estado puro» parece incuestionable[. . .] y lo que de ahí emerge, a nuestro juicio, no es una economía mixta sino un capitalismo de Estado, un régimen que si bien no tiene, en efecto, como «único» signo el lucro —aunque sí, desde luego, como uno de los principales—, lo que sigue siendo su principal característica es que descansa en la explotación del trabajo asalariado.

Esto, independientemente del hecho de que, a medida que se profundiza el carácter social de la producción y que la empresa privada va siendo —sobre todo en los países subdesarrollados— un agente cada vez más ineficaz para conducir el proceso económico, la burguesía,[. . .] con visibles reservas por no comprender las causas históricas de la creciente intervención del Estado y más tarde entendiendo las razones que la determinan, deja en sus manos lo que antes pareció ser del dominio exclusivo de la empresa privada.¹¹

¹⁰ Harry Braverman, *Trabajo y capital monopolista*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1978.

¹¹ A. Aguilar y otros, *La burguesía, la oligarquía y el Estado*. Ed. Nuestro Tiempo, 1975, pp. 163-164.

En la medida que las contradicciones de clase se han acentuado, se ha requerido un mayor ejercicio del poder por parte del Estado. Lenin hacía notar que el Estado es producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase son irreconciliables.¹²

Pero la función principal del Estado sigue siendo la conservación del sistema económico capitalista, para lo cual tiene que ejercer todo su poder para conservar y preservar la formación social que caracteriza a esa sociedad; con este fin crea diversos mecanismos que pueden ser de carácter: 1) *político*: mecanismos de representación formal, concesiones, protección legal, etcétera; 2) *económico*: políticas salariales y de prestaciones, creación de organismos en defensa del poder de compra del asalariado, instituciones crediticias, construcción de viviendas, etcétera; 3) *ideológico*: de múltiples facetas dentro de las cuales juega un papel muy importante la educación, que funge como un poderoso medio de alienación ideológica y se extiende a todo lo largo del sistema educativo, y 4) *represivo*: utilizando su fuerza militar y paramilitar.

Así el Estado tiene como una de sus funciones principales el expandir y estructurar los sistemas educativos, mismos que estarán en la sociedad capitalista al servicio fundamentalmente de los intereses del capital. Por ello en la medida que éste experimenta nuevas necesidades, aquél pone en práctica políticas educativas tendientes a modificar, modernizar, ampliar y controlar los sistemas de educación a fin de adecuarlos a los requerimientos económicos e ideológicos del grupo en el poder, realizando así la vinculación orgánica de la estructura y la superestructura.

Es decir, el Estado desarrolla el sistema educativo en la medida que evoluciona la estructura del conjunto de las fuerzas materiales y el mundo de la producción. Gramsci señala que "las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma, siendo esta distinción de contenido y de forma puramente dialéctica, puesto que las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales, sin la fuerza material".¹³

Por lo tanto, la educación, como fenómeno social —como la designa Rousseau—, es mantenida orgánicamente por la clase en el poder, la cual determina consecuentemente su estructura, su expan-

sión, su contracción, sus alcances, sus directrices y sus objetivos. Bajo estas condiciones, la educación influye definitivamente para apoyar un contexto determinado de poder, de intereses y valores; por lo tanto, el rol que se le asigna a la educación en las sociedades capitalistas pueden resumirse en las siguientes funciones: 1) *formación de recursos humanos para la producción*; 2) *reproductora y transmisora de la ideología*, y 3) *amortiguadora de presiones sociales*.

1) Respecto al primer punto, la educación es el medio por el cual se transmiten los conocimientos básicos para la comunicación entre los hombres —el lenguaje escrito, las operaciones aritméticas, etcétera—, para ubicarlos histórica y geográficamente y proporcionarles un acervo cultural, el cual, en la medida que se prolonga la etapa educativa, se va ampliando considerablemente.

También transmite a la población los conocimientos que son indispensables para llevar adelante los procesos productivos, es decir, se encarga de la formación de los recursos humanos que requiere el capital para continuar reproduciéndose. Forma y califica la mano de obra, los cuadros medios y profesionales, entre los que destacan fuertemente la formación de técnicos de todos los niveles y de las especialidades que requiere en general el sistema económico.

El Estado, a través de la educación, contribuye a estructurar y reestructurar sin cesar la mano de obra al nivel de las formaciones y de las calificaciones.

2) Mediante la *función reproductora y transmisora de la ideología y de la política dominante*, la educación le sirve a la sociedad capitalista para la transmisión de sus ideas y criterios de valor, con el fin de que todos sus miembros contribuyan al mantenimiento y perpetuación del sistema. Se trata de formar ciudadanos que acepten por convencimiento, sumisión o indiferencia disposiciones, instituciones, estructuras de poder, de decisión y en general, todo el engranaje que hace funcionar como tal esa sociedad.

Jan Marie Vincent nos dice: "De hecho el poder amenazado de manera permanente por los conflictos de gran trascendencia, difícilmente puede tolerar un alto nivel de participación política. Incluso, le es necesario obtener una buena dosis de apatía, o aun de silencio político, entre los gobernados, para asegurar la paz social y la continuidad de la vida económica."¹⁴

¹⁴ J. M. Vicent, "El Estado en crisis", *Críticas de la Economía Política*, núm. 4, 1977.

¹² V. I. Lenin, *Obras escogidas*. Ed. Progreso. Moscú, 1960, t. II, p. 298.

¹³ Citado por Hugues Portelli, *op. cit.*, p. 59.

Es en estos momentos cuando entra a jugar un papel importante la educación como medio de dominación ideológica, la cual junto con otros sistemas sociales y políticos, coadyuva a la creación de las condiciones históricas necesarias para la estabilidad y desarrollo del sistema económico. En otras palabras, es en la escuela en donde se intensifica la selección social y en donde se adecúan las mentalidades para la función que les corresponde desempeñar por la existencia de clases sociales en el capitalismo.

Althusser, uno de los autores que ha estudiado ampliamente esta función de la educación, señala:

Pero además y paralelamente, al mismo tiempo que estas técnicas y conocimientos, en la escuela se aprenden las «reglas», los usos habituales y correctos, es decir, los convenientes los que se deben observar según el cargo que está «destinado» a desempeñar todo agente de la división del trabajo: normas morales, normas de conciencia cívica y profesional, todo lo cual quiere decir, en una palabra, reglas del respeto a la división técnico-social del trabajo; reglas en definitiva, del orden establecido por la dominación de clase. Se aprende también a «hablar bien el castellano», a «redactar» bien, es decir, de hecho (para los futuros capitalistas y sus servidores) se aprende a «mandar bien» o sea (solución ideal) a «hablar bien» a los obreros, etcétera.¹⁵

3) La tercera función: *amortiguadora de presiones sociales*, ha tomado mayor importancia en la medida que la crisis del capitalismo se agrava y el Estado tiene que utilizar al sistema educativo —así como a otros sectores— para sobrellevar los problemas sociales que se recrudecen principalmente, por el desempleo.

El sistema educativo va expandiendo sus servicios, incorporando más hombres y mujeres a las aulas, e incrementando y diversificando los niveles de que se compone el sistema, con el fin por un lado, de absorber fuerza de trabajo preparada y por otro, para retrasar el ingreso de los jóvenes al mercado de trabajo.

Aquí observamos una de tantas contradicciones del capitalismo: primero el sistema educativo mediante diversos métodos selectivos retrasa el ingreso o elimina jóvenes de las filas estudiantiles de los niveles medio y superior; pero una vez que esos jóvenes han sido

¹⁵ Louis Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 4, Siglo XXI Ed., México, 1976, p. 101.

aceptados e incorporados al sistema, éste los somete cada vez a mayor número de años de estudio, de especialización, de perfeccionamiento, etcétera, para conservarlos dentro del sistema educativo, improductivos, dependientes.

Incluso es notorio que en los periodos más agudos de la crisis, el Estado pone en práctica políticas de gasto público que amplían las instalaciones destinadas a las instituciones educativas, y como consecuencia, éstas crecen y aumentan sus demandas de recursos humanos, absorbiendo gran porcentaje de esos cuadros calificados que ellas mismas forman, utilizándolos en calidad de maestros, investigadores, personal administrativo, etcétera. Los países subdesarrollados últimamente han experimentado este fenómeno, pero los altamente industrializados, además de lo antes señalado, han ampliado el campo de acción de las instituciones educativas, sobre todo en el terreno de la investigación científica, hacia donde se canalizan enormes cantidades de recursos financieros, de donde a su vez surgen avances tecnológicos que les permiten dominar económica y políticamente a muchos países; es en este campo donde mantienen ocupados fuertes contingentes de técnicos y especialistas, sin necesidad de salir de los centros educativos.

Así, las políticas educativas tienden a ampliar la etapa de formación general de los niños y jóvenes en las aulas. La tendencia de estas medidas, sobre todo en las sociedades capitalistas fuertemente industrializadas, es elevar la obligatoriedad de la educación desde la primaria hasta la educación media superior, preparatoria. Sin embargo, no se pretende con ello encauzar a la mayoría de los jóvenes al estudio de una carrera universitaria, sino preferentemente mantenerlos dentro de las instituciones educativas y posteriormente que formen el cuerpo de técnicos medios que requiere la gran industria automatizada. James B. Conant, señala al respecto:

Es cierto que mucho más de una tercera parte de la juventud de los Estados Unidos va al colegio [...]. Empero, la gran mayoría de los norteamericanos no son universitarios en el sentido europeo de la palabra, es decir, alumnos que se preparan para una profesión. Más bien son colegiales más o menos equivalentes a los europeos que cursan los últimos años de la escuela preuniversitaria y el primer año de la universidad. En realidad en los Estados Unidos el porcentaje de jóvenes que se preparan para ser médicos, abogados, ingenieros, científicos, educadores y maestros de materias académicas es aproximadamente igual

que en Europa —porcentaje sorprendentemente pequeño por cierto—, algo así como el 6% de un grupo de la misma edad.¹⁶

Básicamente, lo fundamental es evitar que los jóvenes se traten de incorporar a temprana edad al mercado de trabajo que cada vez da menores oportunidades como resultado entre otros factores de la crisis del sistema, y de la contradicción fundamental del capitalismo y consecuentemente de los avances científicos aplicados a los procesos de la producción. Las sociedades capitalistas subdesarrolladas que no pueden poner en práctica este mecanismo están sujetas a múltiples presiones por parte de los egresados de las diferentes escuelas, pues aquéllos cada día van en aumento, y la economía proporciona un reducido número de empleos que no son suficientes para proporcionar ocupación a toda la población que la necesita. El Estado interviene, pero apenas si logra con sus políticas absorber parte de los recursos humanos calificados, dando por resultado que gran número de profesionistas se encuentren subempleados y otros incrementen el ya de por sí crecido número de desempleados.

Lettiere nos dice: “[...]la escuela se ha convertido en una institución para absorber la mano de obra excedente, para esterilizar las fuerzas productivas que el sistema capitalista no lograría emplear”, añadiendo más adelante que:

según el comité de consejeros económicos del presidente de los Estados Unidos, los jóvenes mantenidos fuera del proceso productivo se ven obligados a renunciar a un ingreso calculable en el orden de los 20 billones de libras por año. Por eso, el estudio es un trabajo improductivo forzado no retribuido. En otros términos una de las formas más dúctiles y al mismo tiempo alienantes de la explotación.¹⁷

Esta función amortiguadora de presiones sociales es claramente observada en algunas medidas políticas puestas en práctica por el gobierno de Estados Unidos durante el presente siglo, mediante las cuales para disminuir el desempleo de hombres adultos se limitó el trabajo de mujeres y niños, lo que provocó como consecuencia la necesidad de expandir el sistema educativo y permitir a un mayor número de niños asistir a él, y justificar así el no emplearlos en el

¹⁶ J. B. Vonant, “Alcances de la escuela preparatoria”, *Talkson American Education*. Teacher College, Columbia University, p. 40.

¹⁷ Antonio Lettieri, *op. cit.*, p. 142.

sector económico. Braverman reseña de la siguiente manera esta situación:

La depresión fue responsable de la promulgación, a fines de la década de 1930, de la ley que restringía la participación de los jóvenes en la fuerza de trabajo. Con ello se perseguía el propósito de reducir el desempleo mediante la eliminación del mercado de trabajo de un segmento de la población. La consecuencia anticipada de esto fue posponer la edad de salida de la escuela.¹⁸

En conclusión, el desarrollo de las relaciones de producción influyó de manera definitiva en la estructura social y política de la sociedad capitalista; el Estado y sus instituciones adquirieron nuevas connotaciones, nuevas funciones, ampliaron sus zonas de influencia y acción. La escuela juega de manera más definitiva su importante papel en el control de la clase proletaria y la pequeña burguesía, en justificar las injusticias del sistema y apoyarlo de múltiples maneras.

El sistema educativo proporciona los recursos humanos preparados y calificados que la industria necesita o demanda, a la vez que transmite la ideología de la clase dominante hacia las grandes masas, preparándolas para la aceptación del sistema y para su alienación. Por otra parte, como la selección para el ingreso al trabajo es cada vez más rigurosa, la población trabajadora trata de obtener educación para aumentar sus posibilidades en el mercado de trabajo y —de acuerdo con las teorías de los ideólogos del capitalismo— para lograr esa movilidad social tan deseada.

Es así como por distintos intereses de las diferentes clases sociales, los servicios educativos se han expandido y diversificado, modernizando su estructura, utilizando los adelantos tecnológicos que le brinda la época para realizar más eficientemente sus funciones que le son establecidas por un Estado que se encuentra completamente controlado por la alta burguesía —un Estado de clase—, observándose en el último cuarto de siglo un crecimiento horizontal y vertical del sistema educativo.

Contradicciones del proceso educativo en el capitalismo

El crecimiento horizontal y vertical del sistema educativo fue propiciado por dos factores: por un lado el interés del capital por

¹⁸ H. Braverman, *op. cit.*, p. 500.

umentar la productividad y, por otro, la lucha de clases, el deseo de las mayorías de adquirir mejores niveles de vida.

Por el lado del capital se consideró que era necesario ampliar el radio de acción de la educación, proporcionando a los obreros por lo menos la educación elemental y lograr así que desempeñaran mejor sus funciones en la fábrica, ya que una persona que ha adquirido un sistema para aprender, puede ser más fácilmente capacitada y manejada. Las teorías neoclásicas —desde Marshall hasta Shultz— se encargan de fundamentar esta política sosteniendo que la inversión en educación genera en la población escolarizada destrezas cognitivas, que a su vez generan mayor productividad en el puesto de trabajo. En consecuencia, el Estado, apoyando este requerimiento del capital, fue ampliando los servicios educativos, otorgando a un mayor núcleo de la población las oportunidades de estudio; el capital, por su parte, favorece esta política dando preferencia en las oportunidades de empleo a los trabajadores con más educación.

La interacción de estas acciones condujo a la sobrevaluación de la educación y a la creación de los suficientes incentivos para que la fuerza de trabajo iniciara su lucha por conseguir más servicios educativos que le proporcionaran mayores y mejores oportunidades de empleo.

En la medida que la sociedad capitalista avanza, haciéndose presentes la maquinización y posteriormente la automatización, la actividad económica va requiriendo fuerza de trabajo con mayores niveles educativos y conocimientos más especializados, lo cual conduce a la expansión y diversificación del sistema educativo el cual agrega nuevos niveles, carreras y especialidades para formar y capacitar a los recursos humanos que el sistema económico podría necesitar.

Por el lado de las mayorías, cuya única fuente de ingresos es la fuerza de trabajo, se propició la expansión de la educación porque al sobrevaluar el capital a la educación en las primeras etapas del desarrollo tecnológico se crearon los incentivos para que el proletariado y los grupos de medianos ingresos de las zonas urbanas vieran en la educación el medio por el cual conseguir mejores remuneraciones y una mejor posición en la escala social, por lo cual presionaron para que el Estado ampliara estos servicios. Así, en las demandas laborales aparecen repetidamente requerimientos de escuelas para los hijos de los trabajadores, de becas y cursos de capacitación para los propios trabajadores, etcétera y en general la familia urbana lucha para obtener un lugar en los establecimientos educativos, convirtiendo a éstos en insuficientes e incapaces de otorgar sus servicios a todo el que lo demanda.

Observamos así un incremento constante en los recursos destinados a la educación; el Estado canaliza cada vez porcentajes mucho más fuertes de su presupuesto a cubrir las demandas educativas, construyendo o ampliando los centros educativos, otorgándoles recursos cada vez más modernos para cumplir con su función, y contratando a un mayor número de trabajadores para prestar dichos servicios. Con ello se beneficia de múltiples maneras al capital, además de proporcionarle recursos humanos preparados, pues se propicia el surgimiento y desarrollo de la industria relacionada con los productos que requiere el sistema educativo; es decir, como señala Braverman, la educación ha llegado a ser un área inmensamente lucrativa de la acumulación de capital para la industria de la construcción, para los proveedores de todas clases y para la multitud de empresas subsidiarias, además de los efectos ya señalados en la demanda de recursos humanos de todo tipo, que como consecuencia de la expansión de los servicios efectúan las diversas instituciones educativas y los aparatos oficiales que controlan el sistema educativo en general.

Sin embargo, las contradicciones del capital no se hacen esperar en la actividad educativa. Se inicia una etapa en donde a pesar de la educación, la población no encuentra ocupación, o si la encuentra no está de acuerdo al nivel de su educación, ni satisface sus aspiraciones de ingreso. Así, el capital tiene una oferta excesiva de mano de obra capacitada y preparada por el sistema educativo y no logra emplearla; las instituciones educativas, con un cupo cada vez mayor, arrojan al mercado de trabajo un número creciente de profesionistas de nivel medio y superior que no encuentran las oportunidades de empleo ni los ingresos que el sistema prometía en compensación a los esfuerzos y dedicación al estudio; se inicia lo que Lettiere llama la crisis de la escuela en la sociedad capitalista de hoy, que no consiste tanto en una limitación del derecho al estudio como en la negación del derecho al trabajo.

La respuesta que el capital y el Estado dan a esta situación es una reacción normal y de acuerdo con sus intereses: incrementar los requisitos educativos para ocupar un puesto determinado, devaluar artificialmente la educación, ampliar la enseñanza obligatoria y dispersar los programas de estudio para cubrirlos en un mayor número de años.

El capital ha estado elevando las exigencias educativas para los que solicitan empleo en puestos que originalmente requerían de menor preparación. Refiriéndose a una economía capitalista desarrollada, Braverman dice que como resultado de la generalización de

la educación secundaria, los patronos tendían a elevar sus exigencias a los solicitantes de empleo, no porque ese nivel educativo fuera necesario, sino simplemente debido a la masa disponible de egresados de segunda enseñanza, lo cual constituye una buena medida para rechazar solicitudes de empleo. Otra de las salidas fue exigir mayor especificidad en los estudios, es decir, una mayor especialización de la fuerza de trabajo, lo que parcializa cada vez más su conocimiento, concentrándolo en una parte cada vez más pequeña del proceso de la producción obligándola a seguir cursos de especialización después de terminar la educación formal general.

Por su parte, el Estado pone en práctica políticas que prolongan la duración de la educación obligatoria: los programas educativos que en un primer momento se podrían cubrir en dos o tres años, ahora requieren de cinco o seis años para ser impartidos. Esto ha provocado una constante movilidad de la estructura educativa, el establecimiento de sistemas que muchas veces no han dado sus primeros resultados cuando ya están siendo nuevamente cambiados; de esta manera, el personal docente no alcanza a perfeccionar sus técnicas de enseñanza ni a adecuarlas a los nuevos programas cuando ya les están imponiendo nuevas. Al respecto, Braverman afirma: “[...] en una gran mayoría de casos los sistemas escolares han tenido dificultades para inculcar en doce años los conocimientos básicos en letras y números, que, antes, ocupaban siete años. Esto a su vez dio un gran ímpetu a los patronos para demandar de los solicitantes de empleo un diploma de segunda enseñanza como garantía —no siempre válida— de obtener obreros que pudieran leer”.¹⁹

En resumen, ya en estos momentos podemos observar cómo la educación experimenta las consecuencias del uso de la máquina, de los avances técnicos y de los procesos automatizados, que son las primeras manifestaciones de la revolución científico-técnica; pero a su vez resiente también los efectos de las contradicciones y su agudización en el desarrollo del capitalismo, puesto que el sistema educativo arroja a la corriente del mercado de trabajo un número creciente de recursos humanos capacitados y preparados para ingresar al proceso productivo. Sin embargo, el capital no los absorbe, acrecentándose así el llamado desempleo tecnológico, el cual se acentúa en la medida que se intensifica el proceso de automatización de la industria y que el capital exige mayor especialización a sus trabajadores. Este desempleo se incorpora a otras modalidades de desocu-

pación que ya en su conjunto afectan a un alto porcentaje de población económicamente activa de los países capitalistas.

No obstante que la formación de los recursos humanos lleva como principal fin apoyar las políticas industriales de expansión, modernización y automatización, no existe ni puede existir en el sistema capitalista coordinación entre el capital y el sistema educativo, ni una relación que permita de alguna manera el aprovechamiento racional de dichos recursos. En consecuencia, no puede haber una utilización total tanto de los egresados del sistema educativo como de las capacidades de los recursos humanos calificados que han logrado incorporarse a la producción. Se comparte así la opinión de Grubb y Lazerson quienes señalan que el capitalismo es un sistema económico en el cual el capital es lo central.²⁰ Por consiguiente, en un sistema como el nuestro, la exigencia de ganancias y acumulación de capital obliga a los dirigentes empresariales a dividir, simplificar, aumentar y eliminar tareas permanentemente. Lo anterior contribuye fuertemente a aumentar el desempleo y a mantener un *status* de subempleo para la mayoría de los trabajadores. El sistema económico valoriza los recursos de capital a costa de los recursos humanos. No obstante, el sistema de enseñanza, tiene la responsabilidad del desarrollo de esos recursos, se le exige una formación integral del individuo, a la vez que una especialización del mismo, y el sistema utiliza sólo parcialmente esos recursos y ese individuo, por lo que uno de los propósitos centrales del sistema educativo está en triste contradicción con el sistema económico al que sirve.

Es así como el Estado, al propiciar y llevar a cabo la expansión educativa, cumple con su función reguladora de la lucha de clases y de representante de la alta burguesía.

²⁰ Grubb y Lazerson, “Continuidad y falacia de la educación profesional”, en *Educación y clase obrera*. Carlos Biasutto, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1978.

¹⁹ H. Braverman, *op. cit.*, p. 502.